

Antes y después del milagro bíblico

Mircea Eliade

Traducción de José Antonio Hernández García

NO HAY NINGUNA DUDA DE QUE HUBO, junto al milagro griego, un milagro hebreo que floreció maravillosamente con el mesianismo y sobresalió con el mensaje de Cristo. Pero ¿tales “milagros” aparecen simultáneamente en el mundo afroasiático y mediterráneo? En el ensayo anterior evocábamos las civilizaciones y las sensibilidades tan numerosas que coadyuvaron al sorprendente florecimiento de la cultura griega, milagro que apenas comenzamos a justipreciar después de todos los descubrimientos arqueológicos y las interpretaciones estilísticas de los treinta últimos años. Sin embargo, hoy podemos comprender mejor su historia; descubrimos sus orígenes, establecemos sus etapas, precisamos su originalidad. Estudios análogos se han orientado hacia el milagro hebreo. Algunos orientalistas han exagerado, sin duda, las influencias que probablemente han tenido la cultura y el pensamiento babilónico, egipcio y persa sobre el desarrollo de la conciencia moral y religiosa judía. Después de las primeras grandes revelaciones arquitectónicas de Mesopotamia se llegó a creer que los monumentos babilónicos y asirios modificarían las perspectivas modernas en torno a la Biblia; pero no fue así. Los descubrimientos hechos en Mesopotamia y los progresos de la egiptología ciertamente contribuyeron, en gran medida, a la comprensión del milagro hebreo. Pero la perspectiva moderna sobre la Biblia no ha cambiado en lo fundamental; el milagro se mantiene íntegro. Es verdad que un orientalista como Henry Breasted asegura, en un libro de interés excepcional:

La organización social y el desarrollo moral de la humanidad en el valle del Nilo, tres mil años más antigua que la judía, hicieron

una aportación esencial en la formación de la literatura hebrea a la que llamamos el Antiguo Testamento. Nuestra herencia moral proviene, pues, de un pasado *humano* más vasto y mucho más antiguo que el de los judíos, de tal manera que podríamos decir que la recibimos *por ellos* más que *de ellos* (*The Dawn of Conscience*, Nueva York, 1933).

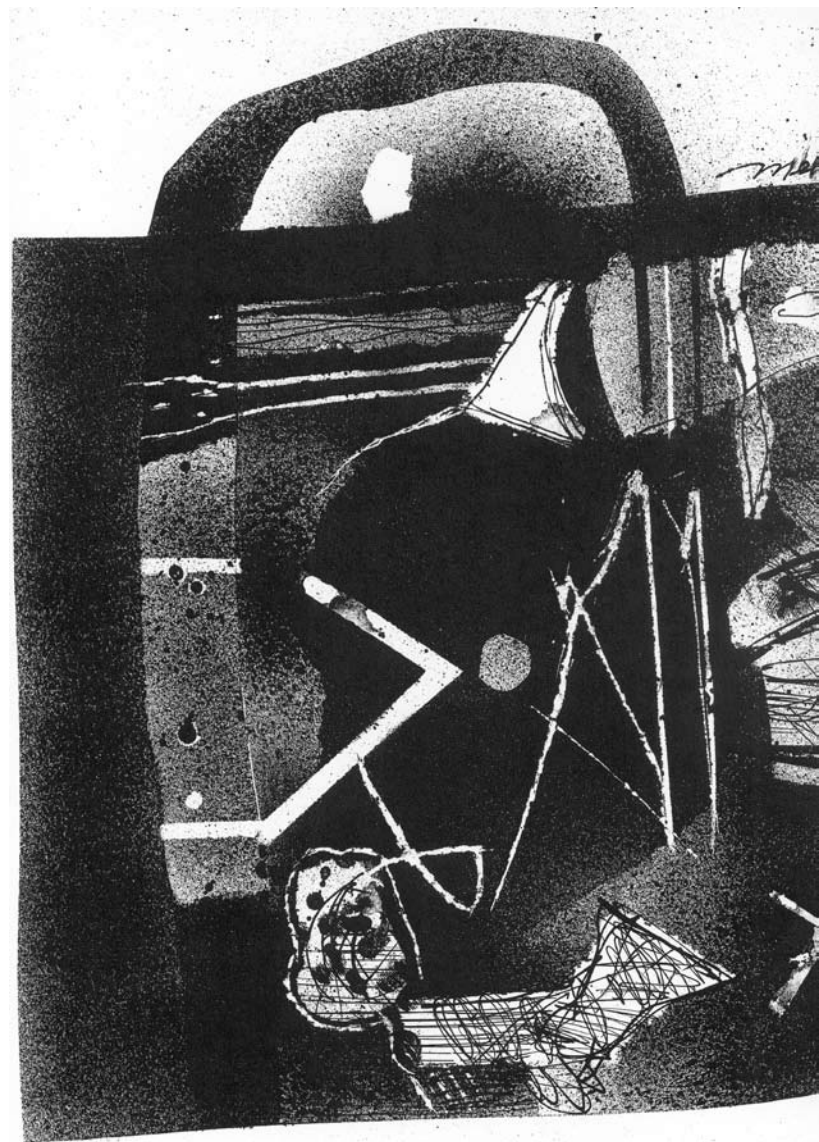
Esto es verdad, aunque sólo en parte. Un gran número de intuiciones religiosas y de nociones morales precisas nacieron, cierto, en el valle del Nilo dos mil años antes que los primeros textos bíblicos. Pero el pensamiento y la sensibilidad egipcias padecieron después las etapas finales de todas las culturas: la esterilidad, el dogmatismo, la muerte. Aunque el “imperialismo egipcio” haya existido con Tutmosis III, y que Amenofis IV haya intentado introducir cierto monoteísmo *sui generis*, la cultura egipcia no tuvo acceso a los valores universales como lo atestigua el milagro bíblico. Habría que aceptar las fascinantes tesis de George Elliot-Smith y sus discípulos, Jackson y Perry, para hablar del carácter universal de la cultura egipcia, algo que no hace un egiptólogo prudente como Breasted. En *El amanecer de la conciencia*, libro magnífico, pretende, no obstante, realizar una síntesis de todos nuestros conocimientos sobre los egipcios, los mesopotámicos y los persas con la finalidad de demostrar la validez moral, filosófica o religiosa de la humanidad prebíblica.

Ésa es la misma finalidad que perseguía Charles Jean en *Les Idées religieuses et morales* (Paul Geuthner, 1936), tercero y último tomo de *Milieu biblique avant Jésus-Christ*. El profesor Charles Jean es un orientalista, especialista en cuestiones sumerias y babilónicas, sobre las cuales ha publicado obras fundamentales: *Sumer et Akbad*, 1923; *La*

Littérature des Babyloniens et des Assyriens, 1924; *Le Péché chez les Babyloniens et les Assyriens*, 1925; *La Religion sumérienne*, 1931 – todos bajo el sello editorial Paul Geuthner. Sólo mencionamos los libros que no son estrictamente de especialista, pues Charles Jean es, por igual, un notable traductor y editor de textos cuneiformes, en particular religiosos y jurídicos. No conozco los dos primeros tomos de *Milieu biblique avant Jésus-Christ* que se ocupan, uno, de *L'Histoire et la civilisation* (1922), y de *La Littérature* (1923) de los pueblos que entraron en contacto con los judíos, el otro.

El primero fue muy criticado en ciertos medios; se le reprochaba la falta de perspectiva histórica en cuanto a los temas abordados. En el prefacio al tercero establece con precisión el plan y los objetivos de su vasto tratado de cerca de dos mil páginas. Jean publica su curso universitario que, en un principio, no había sido concebido para ser publicado, por lo que no estaba exento de repeticiones inevitables ni de cierta oralidad estilística, fallas considerablemente atenuadas en el presente volumen. (Aunque subsisten algunas reiteraciones; así, por ejemplo, las mismas líneas acerca de los saduceos y los fariseos con un centenar de página de diferencia.) Como sea, este tratado proporcionará un gran servicio a quienes quieran conocer los avances más recientes del orientalismo y la arqueología bíblica. Está dirigido en particular a quienes no son especialistas, lo que no impide que el autor cite con frecuencia las fuentes originales, en especial documentos egipcios y mesopotámicos. Tal y como está redactado, el libro desempeñará el papel que para nuestra generación tuvo el tratado de Felten acerca de la época del Nuevo Testamento.

El plan de los capítulos del *Milieu biblique* no es, quizá, el más afortunado. Está dividido por épocas históricas: “Los hombres de la prehistoria”, “Desde el amanecer de la historia hasta el segundo milenio”, “Desde los tiempos mosaicos hasta el cautiverio de Babilonia”, “Desde el cautiverio de Babilonia hasta la dominación romana” y “Algunos conceptos afines entre los pueblos bíblicos. Conclusiones”. Cada uno de los capítulos está dividido, a su vez, en numerosos subcapítulos (tales como Egipto, Babilonia, Judea, Fenicia, Grecia) cuyos apartados están consagrados a cada dios, a las costumbres, a los ritos, a las ideas morales... La excesiva



subdivisión no facilita su lectura. Además, la datación de los documentos cuneiformes resulta aún imprecisa, algunos dioses o ciertas concepciones religiosas están distribuidas de manera aproximativa en algunos apartados. Puede suceder que el nombre de un dios babilónico aparezca en cierta época sin ninguna explicación, aunque la importancia de su culto y su lugar en la jerarquía divina sea precisada documentalmente sólo algunos siglos después; ansioso de ceñirse lo más cercanamente a la verdad histórica, el autor dedica un breve apartado a la aparición primera de su nombre, para abundar después con más detalle en la medida en que los documentos le permiten reconstituir su perfil religioso y cultural; y así hasta el final del libro.

El autor no sólo ha seguido cinco o seis “ríos mentales” (la sensibilidad y los dogmas religiosos de Egipto, Babilonia, etc.), sino que ha debido observar cien o doscientos arroyos, y precisar página a página sus meandros, sus crecidas y sus estiajes. Ya lo hemos mencionado: su lectura no es fácil. Sin embargo, con ello el libro gana enormemente en precisión. La abundancia de notas y referencias hace de cada apartado una pequeña monografía. Si al lector le aturde la densidad de la obra, sabe bien, por otra parte, a dónde debe volver para precisar los más mínimos detalles acerca de la historia de un dios o ver la cronología de una idea moral. El libro de Breasted que mencionamos al inicio de esta reseña se encuentra muy bien construido, de tal forma que su sola lectura basta al lector profano para formarse una opinión sobre las civilizaciones prehelénicas. Charles Jean, por el contrario, parece menospreciar dicha compilación documental, la excesiva “construcción” con la que se asocia, conscientemente o no, a la imaginación y la lógica del autor; escribe para el lector no especializado y le ofrece toda la información de que dispone, aunque no pretende proporcionar esquemas perfectos. Además, alienta al lector a que haga lo mismo, a que formule su propia “síntesis”.

Resultado de este largo y difícil periplo el autor naturalmente evoca algunos conceptos comunes en el medio bíblico. No niega la influencia de Egipto en Moisés, así como tampoco pone en duda las influencias cananeas y babilónicas en la formación de la religión judaica. Sus conclusiones son claras:

Por lo anterior, resulta que Israel no era menos proclive al politeísmo y a la vida fácil que los otros pueblos semitas; además, la fuente del monoteísmo que su *elite* religiosa transmitía de generación en generación no puede explicarse en virtud de un *instinto religioso específico que habría caracterizado* a este pueblo.

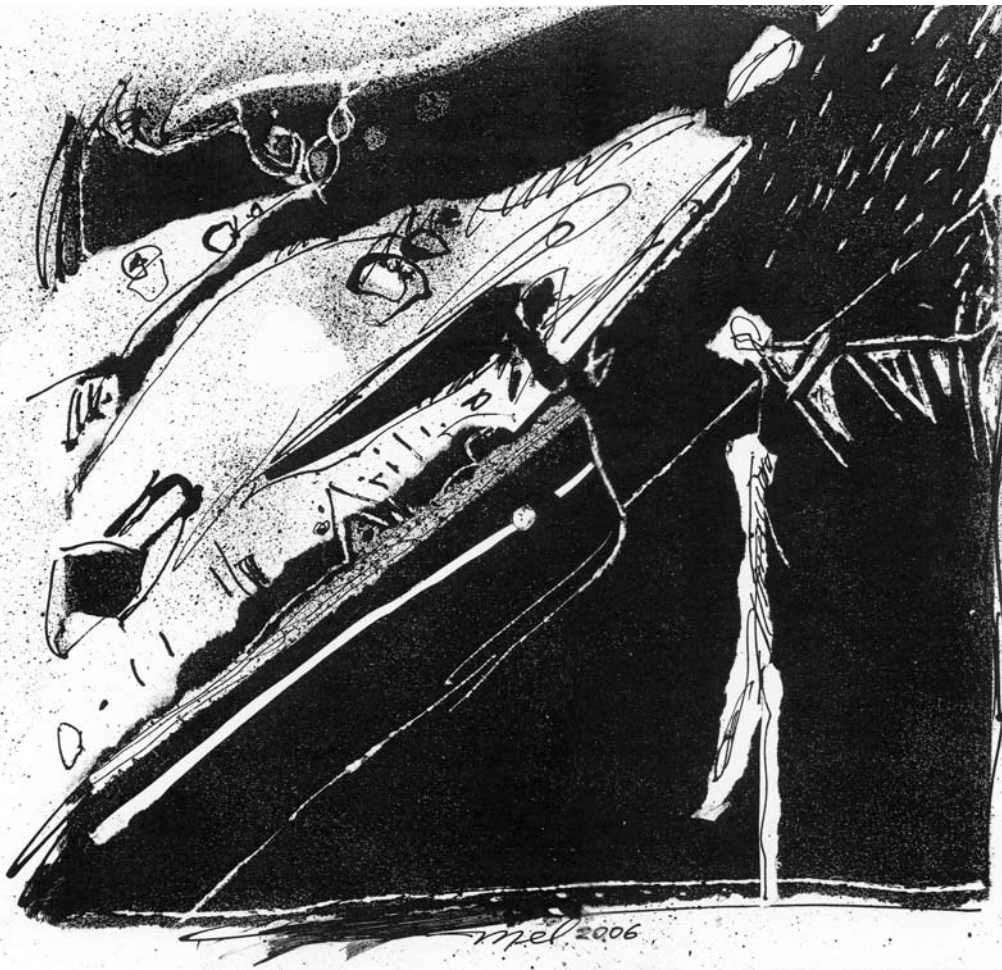
Moisés tampoco pudo haber ignorado el monoteísmo que Amenofis IV había intentado imponer en Egipto ochocientos años antes. Los otros cultos semíticos también estuvieron próximos, e influyeron al judaísmo en todas sus fases.

Así, en alguna época, el Israel palestino no estuvo al amparo o en la ignorancia plena de las creencias, las leyendas, las ideas, los cultos y las costumbres de los pueblos que lo circundaban, y con quienes mantuvo relaciones espontáneas o, bien, padeció su hegemonía.

La leyenda de la creación del hombre existe en Babilonia desde una época mucho más antigua; la tristeza del salmista figura en los textos egipcios del segundo milenio antes de Cristo; el libro egipcio llamado *La sabiduría de Amenopé* y los libros de Jeremías y de los Proverbios presentan similitudes tan turbadoras y precisas que el texto egipcio sirvió para corregir la versión bíblica (Breasted). Desde la época sumeria se había admitido que cada hombre tenía su propio destino (Ch. Jean); en el 2700 a. C., o sea, unos siete siglos antes de Abraham, encontramos en Egipto (como consecuencia de la anarquía social y política) sentimientos que pensábamos que habían sido experimentados en el mundo, por vez primera, por el pueblo judío:

Nadie aparece de allá abajo —dice el texto egipcio—, nadie aparece para decirnos de su forma [la de los faraones muertos], para decirnos de su suerte, para que nuestros corazones se regocijen hasta la hora en que nosotros también lleguemos allí a donde ellos han ido.

Una máxima asiria afirma: “¡No hagas ningún mal a tu enemigo! A quien te haga un mal, ¡devuélvele un bien!” En Egipto, un texto dice: “Da pan a quien esté hambriento, agua a quien esté sediento, vestido a quien esté desnudo”. Y podríamos multiplicar citas semejantes con ecos bíblicos o evangélicos. Son testimonio de la unidad del mundo afro-



sólo el pueblo judío conoció la *vida* religiosa con la tensión y la densidad de la vida bíblica...

Las reflexiones acerca del sincretismo religioso de la época alejandrina son interesantes y “actuales”. Resulta difícil no relacionarlas con nuestra época. Así como en nuestros días siempre está presente un mismo anhelo por aceptar toda clase de ideas o de formas de vida o de sensibilidad, vengan de donde vengan. Las atendemos y las asimilamos como si se tratara de nuestra *salvación*; se imponen con una terrible urgencia y las recibimos con la esperanza de que resuelvan nuestras crisis económicas, culturales

asiático, sobre todo después de las campañas de Tutmosis III. Igualmente demuestran que la conciencia humana pasa más o menos por las mismas etapas. Si el espíritu griego supo imponer cierta unidad al mundo mediterráneo, el espíritu religioso de las culturas afroasiáticas supo, por su parte, darle su lugar a toda una serie de valores universales.

La cuestión impuesta por el milagro bíblico de cualquier manera se mantiene incólume. Pues si existían *ideas morales e ideas religiosas* perfectas en Egipto y Babilonia, también es cierto que el pueblo judío hizo de su *experiencia religiosa* algo eminentemente fecundo. Tal y como lo señala Charles Jean, *nada* obligaba a los judíos a ser monoteístas, proféticos, mesiánicos. Una explicación que sólo se fundara en la raza, el medio, las circunstancias sociales o las influencias externas sería insuficiente. Algunas *ideas* bíblicas ya habían sido descubiertas; pero

les y espirituales. En la época del secretismo religioso los hombres esperaban con impaciencia y ansiedad las ideas y los sentimientos religiosos, gnósticos, morales llamados a resolver sus problemas personales (el problema del Mal, el del conocimiento). Ya en ese momento esperar y aceptar era la *salvación*; era dar un sentido a la existencia, acceder a la dignidad humana. El mensaje de Cristo no preparaba únicamente para el cielo; lo era igualmente para la tierra. Los hombres se encontraban muy aislados, muy tristes y desorientados al no ser capaces de reivindicar la libertad plena de su conciencia y de sus actos. Dicha *libertad* los conduce a Cristo y, luego, a Pablo. Eran *libres* para perderse o salvarse. Es la libertad espiritual del hombre la que hizo posible la rápida victoria del mensaje cristiano.♦

1937